

como verdadero penitente ya los habia renunciado, ya se habia abrazado con su cruz; solo anhelaba por la salvacion. Hace una oracion humilde, y no pide sillas como los otros; solo pide que el Señor se acuerde de él, y al mismo punto fué oido de la divina misericordia. Ya ves aquí, cristiano, dibujada la conversion por sus pasos contados, desde el estado de la culpa al estado de la gracia. Lo primero, el conocimiento propio: lo segundo, el temor filial de ofender á Dios, que se manifiesta en la caridad del prógimo, y en el amor divino: lo tercero, la conformidad en los trabajos: lo cuarto, la meditacion en la vida y pasion del Señor, por donde se consigue la compasion de sus trabajos, y se aviva el amor: lo quinto, la rectitud de intencion, atendiendo en todo á sola la honra y gloria de Dios, volviendo por ella en las ocasiones: lo sexto, la confianza de su bondad, junto con su hija la humilde oracion: y lo séptimo, el tránsito al paraíso de la gloria. Por estos escalones has de ir subiendo: estos han de ser tus egercicios, y á esto has de ordenar tu oracion y meditacion.

347. Considera la tercera palabra que habló el Señor. Volvió, pues, su amorosísima vista á la afligida Madre, que estaba al pié de la cruz con San Juan, el discípulo amado de su divina Magestad, y le dijo: muger, ahí tienes á tu hijo; y al discípulo: ahí tienes á tu Madre; como quien dice: Madre amantísima, no quiero que vuestros tiernos oidos oigan en esta ocasion el regalado nombre de Madre, por no aumentar con esta memoria la pena mortal que teneis de verme padecer; y así os llamo muger la mas fuerte, constante, é invencible de todas las criaturas, á quien tanto contraste y tan deshecha tormenta de amarguísimas penas y dolores no han podido contrastar. Muger la mas santa y bendita, la mas prudente, y la mas amante de todas las mas puras criaturas: cuya llama de amor prevalece contra tanta lluvia de trabajos, quebrantos, dolores, aficciones y amarguras: confórtate en mi divinidad, y anímate al mayor de tus desamparos, y al *non plus ultra* de tus aficciones y desconsuelos. Ya, Madre mia, es llegada la hora en que me aparte de ti la amargura de la muerte que me espera. Ahí os dejo un hijo, y con él el resto de los predestinados, de quienes desde ahora os habeis de llamar Madre, y ellos uniformemente quiero que sean vuestros hijos, adoptados en la grandeza de los merecimien-

tos de vuestros dolores y amarguras.* Haced cuenta que al pié de la cruz los habeis parido todos; y así quiero que desde ahora sean vuestros hijos, y que os veneren y bendigan en todas las generaciones, y que vos, como su Madre, mireis por ellos, y los asistais como me habeis asistido. Esto puedes así piadosamente entenderlo con los autores citados. Ausentábasele el divino Hijo, y para consolarla por el Señor, que era único Hijo, le deja innumerables; mas aunque eran tantos, con todo no podian suplir la falta de aquel uno que era verdadero Dios. Y ahora considera, cómo el discípulo desde aquella hora la recibe en su cariño, como lo dice el evangelio; † que es lo mismo, dice San Ambrosio, ‡ que decir, que la recibió con tanto amor, que ya para él en este mundo no habia otra cosa, ni de que cuidase mas, ni por que mirase, ni que le diese cuidado, ni le llevase las atenciones, sino María santísima nuestra Señora. Todas las cosas del mayor cariño del amado discípulo eran la Madre del Señor, y fuera de ella nada tenia, ni queria de esta vida; ¡y qué mucho, si teniendo á esta gran Reyna, todo cuanto podia tener tenia? Ea, católico, toda tu honra, tu parentela, tu hacienda y tus dignidades sean sola esta santísima Señora. En este mundo no tuvo otra cosa nuestro Salvador. ¿Pues por qué buscas tú otra cosa en esta vida? El Señor te la dejó; da de mano al mundo, y dile como el otro á Dios: Dios mio, y todas mis cosas: Madre mia, y todas mis cosas fuera de Dios.

348. Considera la cuarta palabra que habló el Señor, quejándose á su Eterno Padre con aquellas lastimosas y tristísimas voces: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado? ¡O qué tribulacion, y qué desamparo tan grande, que hace dar voces de dolor al Hijo de Dios! ¿Qué ha habido de nuevo ahora? ¿Qué ocasion de mayor dolor y sentimiento para este divino Señor que hasta aquí calla, y ahora, se queja con tanta pena? En la consideracion de arriba tienes la razon. Despidióse de su Madre santísima, y la entregó al discípulo: y como con esta despedida creció la amargura de la Madre sacratísima, considerándose ya en la soledad de su santísimo Hijo, y esta misma soledad acrecentó la pena del desamparo en aquel divino Señor, empezó

* Gilibet. apud Delrio, & Rufin. in Genes. cap. xl. & Vig. chor. vii. cap. cxlvi.

† Joan. xix. 27.

‡ Serm. 15. in Psalm. cxviii.

á clamar á su Padre con la pena incomparable de su desconsuelo. Así parece que se lo dió á entender nuestra Señora á Santa Brígida* con estas palabras: “estando mi Hijo en la cruz clavado, y todo ensangrentado, compadecido de las amarguras en que vió á mi alma, volviendo al discípulo los ojos llenos de sangre, me le encomendó: y en aquel mismo punto, oyendo sus palabras, oí tambien á otros que decian que mi Hijo era un ladron: otros que era un embustero, y otros que ninguno mejor que él merecia la muerte; y con esto creció en grande manera mi amargura, y estaba tal, que apenas me podia tener en pié. Entónces mi Hijo santísimo con voz lamentable y triste clamó á su Eterno Padre, diciendo: Padre, ¿por qué me has desamparado? Como si digera: Padre mio, solo estoy, ninguno hay que de mí se compadezca sino tú, que eres mi Padre. Y yo entónces levantando la vista ví sus ojos mortales, las megillas hundidas, el rostro denegrido, su boca abierta, y la lengua toda ensangrentada, su vientre tan pegado á las costillas, que no parecia que tenia entrañas, y todo el cuerpo cubierto de una palidez mortal, y tan estirado, que parecia se le arrancaba el alma.” Hasta aquí nuestra Señora á Santa Brígida. Mira, alma, qué desamparo tan terrible seria el que le puso de la manera que aquí ves, y esto así que se despidió de su madre. Piensa tú ahora que el Señor te dice que jamas te despidas de esta Señora ni en vida ni en muerte; porque si al Señor, una vez que se despidió le costó tan caro, que clama como desamparado: ¿qué será de ti, pecador miserable, si te despides y apartas de esta celestial Señora?

349. Considera en la quinta palabra que habló el Señor: sed tengo, dijo su divina Magestad. Considera lo primero, en que el Señor tenia gran sed natural: lo uno por la falta de sangre y humores, porque estaba todo desangrado, y exhaustas las venas; y lo otro por la calentura mortal que padecia, pues estaba ya para morir; y tambien porque la grandeza de los tormentos y dolores excitaban grandemente la sed, y todo esto junto con los martirios de toda la noche y el dia, y el no haber tomado nada desde la cena, ni bebido cosa alguna, le tenia asadas las entrañas, como dice San Cirilo.† Y Tertuliano dice,‡ que el Señor tenia toda la lengua rajada

* Lib. 1. de Revel. cap. 10.
† Tert. l. 4. cap. 92.

‡ L. 3. cap. 35.

en aberturas, y tan secas las fauces, que se le habian pegado una con otra, de tal forma, que no podia respirar: y así reveló á nuestro padre Santo Domingo nuestra Señora, que aquella palabra la dijo el Señor con voz ronca, y grandemente turbada. Oyeron en fin la voz los ministros, y le diéron de beber. ¿Pero qué bebida? De vinagre, dijo San Juan;* de vino mezclado con hiel, dijo San Mateo;† y San Marcos dijo,‡ que mezclado con mirra. Mira qué pócima, cristiano, le dan al Señor: hiel y vinagre, y mirra le dan á beber á nuestro Redentor para atormentarle las entrañas, donde no habian podido llegar con los tormentos. Y para que mejor entiendas esta crueldad, advierte lo que dice Nicolao de Lyra:§ era costumbre en aquella ciudad darles á beber á todos los condenados á muerte un vino aromático muy generoso, para que se esforzasen con aquello á los tormentos, y bebiendo mucho sintiesen ménos; y en Jerusalem habia muchas piadosas matronas que componian estas bebidas, y para nuestro Salvador hicieron una muy primorosa, y de gran costo; pero los Judíos perversos y malditos se la tomaron para sí, y se la bebiéron, diciendo, que una cosa tan buena no se le habia de dar al peor hombre del mundo: que le diesen la hiel y vinagre, y mas que reventase con ella. Hasta aquí Lyra. Mira por aquí, cristiano, la crueldad de esta maldita gente, y el odio tan terrible que tenian contra el Señor, pues una humanidad como aquella, que se usaba con los ladrones y facinerosos, no quisieron que se usase con nuestro Salvador: tan léjos estaban de tenerle lástima, aun viéndole á sus ojos tan afligido. Conoce por aquí cuán sin piedad le trataron cuando lo tuviéron entre sus manos. Quién no se aplacó con el espectáculo de la cruz, ¿cómo se templaria con los demas tormentos? Considera lo segundo, que el Señor sabia muy bien la bebida que le habian de dar, y que no habia de ser la buena; porque esa la habian de tomar ellos para sí, sino la mala, porque así estaba profetizado,|| y con todo eso pide de beber. Tres razones te pondré aquí, que te puedan servir de tres consideraciones. La primera la dice el evangelio, que era la última de las profecías, á las cuales habia de dar cumplimiento; porque así se lo habia mandado su Eterno Padre. Mira la obediencia de este divino Señor, y co-

* Tert. l. 4. cap. 19. 28.
§ In eap. xxvii. Matth.

† 27. 34.

|| Psalm lxviii. 22.

‡ 15. 23.

mo hace la voluntad de su Padre hasta la muerte; y no porque fuese tan mala la bebida, rehusa el tomarla; que en las amarguras se conoce la obediencia. Mira tambien la disposicion de su Padre Eterno, que para aquel último trance le guardó las mayores amarguras. En el pozo de Samaría tuvo sed, y en otras muchas la tuvo, y pudo entónces, que no era tanta pena, gustar la hiel y vinagre, y no quiso; porque estaba reservada para aumentar sus tormentos, para que por todos modos fuese su muerte amarguísima. Anímate pues, que por mucho que padezcas en esta vida, á lo último te aguardan las mayores amarguras. La segunda razon por que dijo el Señor que tenia sed, era por la sed de las almas, su conversion y salvacion, y en especial por las de sus enemigos. Digéronlo así San Agustin,* y Drogon,† que esta sed le atormentaba mas que los clavos y la cruz, y de ella se queja, y les pide que se la apaguen, convirtiéndose á su amor santísimo. ¡O entrañas de infinita piedad! No procedia esta sed de la calentura mortal, ni de la falta de la sangre, dijo San Lorenzo Justiniano,‡ sido del ardor del amor y caridad con que se abrasaba el alma; mas sed tenia de la salvacion de los pecadores, que de la bebida corporal. No se queja de los clavos, de la cruz, ni de sus injurias y afrentas, y se queja de la sed de las almas. ¿Y qué le dan las almas? Con qué se la apagan? Con hiel y vinagre. La mejor bebida se la beben los hombres, y le dan al Señor las hieles. ¿Vino aromático quereis, que es verdadero amor? Sí, porque la sed de amor no se apaga sino con el amor de la cosa que se ama. Mas, ¡ó crueldad impía de los malos! ¿Amor es el que quereis? Ese (dicen ellos) es para nosotros, tomad vos esas hieles. ¡O católico! No uses esa crueldad con un Señor tan bueno, que por ti se muere de amor. La tercera razon fué el querer el Señor poner el colmo á las penas y tormentos. Sola la lengua y las fauces sacratísimas no habian experimentado particular tormento; y porque no haya miembro de su cuerpo que no padezca la viveza de los dolores, por eso pide aquella bebida, para que siendo tan agria y amarga, bañando las rajaduras de la lengua y fauces, las atormente con vivo dolor, y aun por eso no la bebió, sino la gustó: la gustó, para que le atormentase la boca; y no la bebió, porque no le abreviase la vida; porque

* Psalm lxxi.

† Text. de sac. Pas.

‡ Lib. de Age. cap. 19.

como dicen Teofilacto, y Cayetano,* se la diéron para que le sofocasen el corazon y las entrañas, y acabase presto con la vida: porque como ya era cerca de las tres de la tarde, querian irse á comer; y lo otro, porque como les pareció que llamaba á Elías para que le librase, temiéndose no viniese ántes que muriese, le quisieron con esto despachar presto; mas el Señor, que con cuanto habia padecido, aun no se le habia apagado la sed de padecer, como dice Ludovico Blosio,† por eso no la bebió, para que mas se prolongase el martirio. Mira qué amor, pues tanta inmensidad de penas no pudiéron entibiárla. Aprende á amar de veras, y acuérdate de cuán poco has de menester tú para faltar á los egercicios de la oracion y virtudes y avergüenzate de que por un dolorcito de cabeza, ó por una chanza, ó un *qué dirán* muy leve los dejas, y aun los olvidas por fin.

350. Considera la sexta y séptima palabra que dijo el Señor así que acabó de tomar el vinagre: ya está todo cumplido y consumado; esto es, ya estan cumplidas las profecías, y cuanto de mí estaba escrito y mandado por mi Padre que lo cumpliese: ya está el mundo remediado: ya dejo egemplos, y doctrina, y sacramentos en mi Iglesia, y cuanto necesitan los hombres para curar sus dolencias de sus achaques: ya está cerrada la fábrica de la reparacion humana, y puesta la piedra angular en el remate del edificio: ya está satisfecha la justicia de mi Padre por la humana deuda: asentada la paz entre Dios y los hombres, vencido el demonio, conquistado el mundo, y puesto en libertad el hombre: ya no falta cosa por hacer de cuantas me encargó mi Padre; solo falta el entregar mi alma en sus manos. Y así exclamó, diciendo en voz alta y clara, para que todos supiesen que hasta entónces se confesaba Hijo de Dios: Padre, en tus manos encomiéndome mi espíritu. Y otra letra dice: Padre, en la omnipotencia y suma providencia de tu infinita bondad pongo mi espíritu; como quien dice: todo lo que me habeis mandado hacer tengo hecho; ahora á vuestra providencia le toca mirar por mí: ahí teneis mi alma pronta á vuestra voluntad y á vuestra disposicion: disponed de ella á vuestro agrado. Si gustais que padezca, hágase vuestro divino gusto: y si gustais que se acabe la vida, recibid en vuestras manos mi alma. Y diciendo esto, inclinó su divina cabeza,

* In cap. 27.

† De Pas. cap. 18.

y espiró. Aquí tienes en una muchas consideraciones que hacer para que den luz á tu alma : lo primero has de meditar en aquella palabra : consumado es, y concluido está cuanto mi Padre me mandó que obrase. Considera con cuánta gloria dijo el Señor esta palabra. ¡Qué contento está un artífice cuando cierra una insigne fábrica, que le costó grandes desvelos y cuidados! ¡Con cuánto gozo recibe los parabienes! Pues á este modo puedes tú considerar con cuánta alegría de su corazón diría el Señor aquella palabra : consumada está ya la obra de la redención, que tantos desvelos, fatigas, sudores, trabajos, dolores y tormentos me ha costado. ¡Con cuánto regocijo de su alma santísima esperaba los parabienes de su Eterno Padre, y de todos sus ángeles y escogidos! Esto excede á toda humana ponderación. Con este motivo pasa tú á considerar la alegría tan grande de un alma, que llegando aquel trance último, halla haber cumplido los divinos mandatos, y las obligaciones del estado en que Dios la puso. Así decía San Pablo, que ya no le restaba otra cosa que la corona de justicia que había de darle el Señor por haber cumplido perfectamente la legación de su apostolado; y concluía diciendo, que ya el vivir era muerte para él, y el morir logro y ganancia. Y lo mismo digeron muchos santos á la hora de la muerte, por haber cumplido la divina voluntad viviendo. Pero vamos ahora por lo contrario : qué tal será la congoja del alma, que llegando á la muerte dice : ya se ha consumado mi pecado, ya concluí el número : hasta aquí llegué pecando, y se consumó mi malicia. ¡O alma cristiana! Tiembla de acabar de pecar muriendo, que no acabarás en toda la eternidad : acaba en vida, den fin tus culpas viviendo. Date prisa á hacer penitencia, para que si quiera en la muerte, ya que no digas : ya acabé de cerrar el edificio de las virtudes, por lo ménos digas, ya concluí la penitencia de mis pecados. Mira que ningún pecado deja Dios pasar, que no castigue su Magestad.

351. Considera lo segundo la misma palabra : ya se consumó, y se acabó el penar : ya se acabaron los trabajos, las aflicciones y tormentos : ya todo será gozar : ya no habrá mas hieles ni amarguras ; porque todo eso se acaba muriendo, y despues empezarán las infinitas dulzuras, suavidades y eternos gozos. Haz cuenta que eso quiso tambien decir nuestro Señor en aquella palabra. O dicha incomparable

del cristiano, que puede decir en aquella hora : ya se acabó para mí el penar ; ya diéron fin los trabajos y amarguras ; ya todo será gozar : hasta aquí cargué como mi Señor la cruz, y mi vida fué de cruz, y los trabajos llevados por su amor : ahora dejaré la cruz y los trabajos, y empezaré á gozar con descanso de su dulce fruto. Pero miserable de aquella alma que en la muerte dice : ya se acabó el gozar ; hasta aquí llegaron los deleites, los gozos y contentos ; ahora empezarán las penas, las amarguras y tormentos. ¡O qué triste y desventurado fin ! Abre pues los ojos, cristiano : acábense para ti los deleites, empiecen los trabajos, las mortificaciones y las aflicciones, para que en la muerte digas, que ya se acabó para ti el penar : mira que no hay dos glorias, ni dos infiernos. Si padeces en el mundo por Dios y por la virtud, tu padecer se acabó en la muerte : si te gozas en el mundo por dar gusto á tu carne, tu gozo se acabó en la muerte, y en ella empezará tu pena, y pena eterna. Considera lo tercero aquella confianza con que el Señor entregó su alma al Eterno Padre, como si digera : ya cumplí en todo vuestra divina voluntad, Padre mío ; y así recibid ahora el alma en vuestras manos : cuidad de ella, como ella cuidó de obedecer vuestros mandatos. Esta confianza no la puede tener el que no quiso hacer la voluntad divina. ¿cómo, ó con qué corazón dirá el malo : recibid, Señor, mi alma en vuestras manos, si viviendo anduvo siempre en las del demonio? ¿Cómo le dirá : Señor, cuidad de mi alma, si él no ha cuidado de servir y de agradar á este Señor? Anda, pues, tú ahora con cuidado en la divina presencia, sin faltar á su santísima voluntad ; que con eso no te faltará su mano, que te tenga en la muerte, para que no caigas en los abismos. Considera lo cuarto como el Señor inclinó su santísima cabeza, y luego espiró ; al contrario de los demas hombres, que ellos primero mueren, y luego inclinan la cabeza. No así nuestro Salvador, que ántes de morir inclina él mismo su cabeza ; y este misterio fué por nosotros, dice Hugo cardenal. Como su divina Magestad dió aquella voz tan fuerte al tiempo que quería morir, cosa que naturalmente es imposible ; con ella se estremecieron los demonios, y los hombres empezaron á temer ; porque les parecia, que solo siendo el Señor Hijo de Dios, podia clamar de aquella manera al morir : y conociendo el Señor su temor, para que no desesperasen, bajó su cabeza á la Madre santísima, como diciendo á los pecadores : confiad en

misericordia: ahí os dejo á mi Madre, pedidme por ella el perdón y la misericordia, que la alcanzaréis. ¡Mira qué mayor muestra de amor! No solo no va enojado contra nosotros, que tan mal lo habemos tratado, sino que deseoso de hacernos bien, nos dice que empeñemos á su Madre; como quien dice: ya sabéis que á mi Madre no la tengo de negar cosa que me pida; y así valeos de ella, empeñadla, para que me pida por vosotros, que con eso alcanzaréis cuanto quisiéreis. Ahora solo falta el preguntar: ¿si acaso nuestra Señora se querrá empeñar por unas cosas tan malas, por unas almas, que con sus culpas concurriéron á darle á su santísimo Hijo la muerte? Mas ¡ó Madre de piedad y misericordia! empéñase su Magestad, sin que nosotros se lo pidamos; ¿y no lo habia de hacer rogádoselo? Eso no cabe en su corazón.

352. Considera lo quinto en la agonía con que el Señor murió, y en la amargura con que su Madre María santísima le vió morir; pero porque lo uno y lo otro excede incomparablemente á la capacidad humana, y á la de los ángeles, solo te pondré aquí lo que acerca de esto reveló nuestra Señora á Santa Brígida, con sus mismas palabras: “era mi Hijo de milagrosa complexion, y así batallaba en él la muerte con la vida. Subia el dolor de los piés y manos clavadas, de la cabeza traspasada, y de los nervios y venas rotas al corazón tiernísimo, y lo atormentaban con increíble angustia. Resistia la valentía del corazón la violencia del dolor, y así volvía á difundirse por los miembros, y se prolongaba la muerte con indecible amargura. Estando en esta batalla de infinitas agonías, volvió hácia mí la vista; y conociendo la grandeza del tormento que padecía mi alma, fué tanta la amargura y tribulación de su amabilísimo corazón, que rendido á la inefable angustia de la muerte segun la humanidad, clamó á su Eterno Padre, diciendo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” Para que conozcas, cristiano, que la aflicción, amargura y dolor de María santísima llenó de tanta compasión el piadosísimo corazón de su divino Hijo, que le quitó la vida. Prosigue nuestra Señora, y dice: “como yo la mas triste y afligida de todas las criaturas oyese el clamor de mi Hijo, y conociese que era señal de su muerte, tuve tanta tristeza y dolor en mi alma y cuerpo, que empecé á temblar con tanta fuerza, que las entrañas se me estremecian; y todos los miembros y huesos de mi cuerpo temblando se daban

unos con otros con tanto pavor y espanto, con tan amargo dolor de mi corazón, que faltan palabras para explicarlo. Volví á mi Hijo santísimo la vista, y conocí que su corazón se le partía por medio de dolor. Ví, que todos los miembros de su divino cuerpo horrorosamente se estremecian y temblaban. Ví, que levantó un poco su santísima cabeza, y luego la inclinaba á mí, su afligida y dolorosa Madre. Ví, que la boca se le abría, que la lengua se divisaba toda cubierta de sangre helada. Ví, que sus manos sacratísimas se retiraron un poco de los clavos, y se alargaron las heridas, y todo el peso del cuerpo se dejaba venir sobre los divinos piés. Ví, que los dedos de las manos y los brazos se estiraban y ponian yertos: las espaldas se apretaban fuertemente contra la cruz; y entónces espiró con inefables angustias y amarguras la vida de mi alma, mi Jesús.” Hasta aquí Santa Brígida. ¡Mira, cristiano, qué muerte tan dolorosa! ¡Mira qué amargura la del corazón de una Madre que miraba todo esto, y le amaba mas que todos los serafines! ¡Cómo no se quedó muerta con el Hijo muerto? ¡Quién la confortó? La omnipotencia de Dios con ponderoso milagro.

353. Considera las señales que sucedieron en la muerte del Señor: el sol se obscureció, el velo del templo se rasgó de arriba abajo, la tierra tembló, y las piedras se hacian pedazos, los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de santos resucitaron, todo en testimonio del sentimiento universal que hacian las criaturas por la muerte de su Criador. El sol se obscureció, y el velo del templo se rasgó de sentimiento por las blasfemias que se decian contra el Señor, imitando la ceremonia de los Judíos, que en oyendo alguna blasfemia rompian los vestidos. La tierra se estremeció, no pudiendo sufrir sobre sí los patricidas impíos, y crueles perseguidores del Señor. Las piedras se hicieron pedazos, y los monumentos se abrieron, para dar testimonio de que el que moria era el Señor de la vida y de la muerte: y así todas las criaturas insensibles mostraron sentimiento en la sagrada pasión y muerte del Señor, y las sensibles no sé si las sienten. ¡O clementísima Madre de misericordia! Doleos de nuestra insensible dureza, y de la ceguera miserable de nuestras almas; pues á vista de un tan doloroso espectáculo se quedan muy serenas nuestras almas, duros y empedernidos nuestros corazones, frias y heladas nuestras voluntades.

354. Considera cómo habiendo los Judíos crucificado al